

# CONFERENCIA

## SOBRE LAS MISIONES DEL

# CAQUETA Y PUTUMAYO

Dictada en la Basílica de Bogotá por el Ilmo. y Rvmo. Señor  
Obispo de Pasto, D. D.

Leonidas Medina

El 12 de Octubre de 1914



BOGOTÁ  
IMPRESA DE SAN BERNARDO—ATRIO DE LA CATEDRAL  
1914

Excelentísimos e Ilustrísimos señores:

Los Honorables Miembros de la Junta de las Misiones, presidida por el Ilustrísimo Señor Arzobispo Primado, nos han hecho el honor de encargarnos de la conferencia que de años atrás se ha acostumbrado dictar sobre la obra que tienen a su cargo.

Si lo que se nos ha pedido hubiésemos de mirarlo humanamente, en verdad que hubiera sido deber nuestro excusarnos, tanto por la gravedad del asunto y el objeto que se persigue, como por el respeto que merece tan selecto auditorio, pues no hubiera dejado de ser temeridad, visto el corto tiempo de que disponemos y nuestras pocas aptitudes para llevar a término feliz la empresa que se nos ha confiado.

Empero, tratándose como se trata, de atender a la necesidad de fomentar las misiones y de cumplir un deber patriótico, hemos resuelto—como suele decirse—poner también nuestro granito de arena en esta magna obra, no sólo de utilidad para nuestra santa religión, sino también de grandes y magníficos resultados para nuestra amada patria colombiana.

Sabido es que la Iglesia es la gran civilizadora del mundo. Instituída por Jesucristo, y

representada por doce hombres humildes e ignorantes primero, mas luégo ilustrados por luz divina, aparece en el mundo con una misión desconocida hasta entonces, la misión docente, que es de origen divino para la Iglesia y constituye uno de los fines primordiales de su fundación y uno de los medios más eficaces para la regeneración del humano linaje.

«Id y enseñad a todas las gentes.» En virtud de tan expreso mandato, salen los Apóstoles del cenáculo ilustrados por el espíritu divino: así Pedro en su primer sermón convierte cinco mil personas, y Pablo enseña en Corinto, confunde en Atenas a los sabios del Areópago, y ambos anunciando la verdad en Roma, echan los primeros cimientos de la ciencia cristiana, la cual, aunque intentaron ahogar en la sangre derramada durante tres siglos de persecución, fue tanto mejor aceptada y difundida cuanto más fue perseguida y humillada por los altivos Césares romanos.

Los otros apóstoles se dispersaron por las diversas regiones del mundo conocido para enseñar la doctrina evangélica, y entonces la fe se difundió por los pueblos, y la ley del amor vino a hacer de todos los hombres una sola familia, la familia de Dios que, iluminada por aquella clarísima lumbré, despertó las inteligencias que yacían en las tinieblas del error, mientras que la caridad hizo de todos los corazones un solo corazón.

Pasada la época de las persecuciones, y alcanzada la libertad de la Iglesia de Cristo, no obstante los mil errores que suscitaron los hombres de mala voluntad primero, y la invasión de los bárbaros más tarde, continuó sin interrupción su misión docente alejando los males y abriendo nuevos rumbos a la civilización cristiana, sin dejar de extender y fomentar en los demás pueblos su acción benéfica, hasta conseguir el fin de su institución y el objeto que intentó su Divino Fundador. Sacó a luz la ciencia cristiana que los invasores del norte mantuvieron escondida por largos años en los claustros y monasterios, y de ahí la fundación de las universidades que, nacidas con Carlomagno, se prolongaron luégo en las celebérrimas de la Sorbona y Friburgo, Alcalá de Henares y Oxford, Cambridge, Ilderberg, Leipzig y Lovaina, y cien más de grata memoria.

Apuntado aunque a grandes rasgos cuanto la Iglesia ha hecho en pro de la civilización cristiana por los pueblos que demoran allende el océano, os ruego fijéis conmigo la atención en lo que ha realizado entre nosotros.

No intentamos narrar lo que ha hecho en América y más aún en Colombia desde los días de la conquista hasta los nuéstrs, porque, además de no pertenecer este asunto al plan intentado, nos parece superfluo. Pues, ¿cuál de vosotros no conoce la historia de un de Las Casas, o un Piedrahita? Quién no pronuncia aún con veneración los nombres ilustres de Fray

Cristóbal de Torres o Lobo Guerrero? Quién ignora cuántos de los colegios provinciales se deben al celo de virtuosos sacerdotes y abnegados religiosos? Y hoy mismo, ¿a quién se debe la Escuela Apostólica adyacente a esta suntuosa Catedral y el Instituto Agrícola que, como una hermosa realidad, se levanta al sur de esta capital, y más aún el establecimiento de la Honorable Junta de las Misiones que con grande celo trabaja por la civilización de tantos infelices compatriotas nuestros que, sin noción clara de Dios ni de patria, vagan errantes todavía a través de nuestras selvas vírgenes o a orillas de nuestros caudalosos ríos?

Repito que todo esto es conocido de vosotros y por ello creo inútil insistir; mas lo que sí no conocéis o al menos conocéis imperfectamente, es el estado actual de las misiones, menos aún en sus interesantes detalles, lo que estimo de grande necesidad, para que no sólo resalte la misión de la Iglesia en su carácter de maestra y civilizadora en todo tiempo, mediante la activa acción de sus hijos, sino más todavía el imperioso deber en que estamos todos de cooperar, cual más, cual menos, a esta santa obra que lo es de la Iglesia lo mismo que de nuestro católico gobierno y de todo cristiano.

\* \* \*

Vamos, pues, a ocuparnos brevemente en la misión del Putumayo y sin mayores digresiones, os diremos sencillamente algo que aunque ya consignado en documento público, vimos con

nuestros propios ojos y observamos detenidamente.

Se debe a la iniciativa del Ilmo. Señor Doctor don Manuel José de Caycedo, entonces Obispo de Pasto, la primera excursión al Caquetá y Putumayo, emprendida en 1894 por los RR. PP. Angel de Villaba y Francisco de Ibarra, misioneros capuchinos, y el R. P. D. Henrique Collins, Pbro., con el objeto de informar al Gobierno del lamentable estado en que se encontraba aquella región y de solicitar su apoyo para reducir y catequizar las tribus que poblaban aquel territorio.

Un año después, dos misioneros de la misma Orden, venciendo graves dificultades y traspasando la cordillera que separa el departamento de Nariño del pueblo de Mocoa, donde se establecieron, haciendo prodigios de celo, empezaron la reducción de los indígenas fundando allí al efecto una incómoda residencia. Los buenos resultados alcanzados por estos misioneros los determinaron a establecer un nuevo centro de misión en los pueblos de Santiago y Sibundoy.

En 1905 creó la Santa Sede la Prefectura apostólica del Putumayo y Caquetá y fue nombrado para su gobierno el R. P. F. Fidel de Montclar, religioso capuchino, residente por aquel tiempo en España, quien en junio del año siguiente tomó posesión y se encaminó a dicho territorio para visitarlo.

De los sacrificios que impone una visita a aquellas incultas regiones, sólo puede formarse

idea quien las haya conocido; es propio de sus moradores al abrir las trochas que ponen en comunicación una tribu con otra, tomar por norte la sombra que proyectan los árboles en el suelo, o sus propias sombras, y ya sea porque no son capaces de comprender que mediante un rodeo pueden llegar a determinado punto, ya sea porque crean que economizan distancia siguiendo la línea más recta, ello es que sus caminos se elevan a grandes alturas o descienden a grandes profundidades, y no de cualquier manera, pues no pocas veces en ciertos trayectos rocallosos, les basta una pequeña cavidad donde apoyar la punta del pie o el calcañar para dar el paso, por lo cual son inaccesibles estos caminos a los que no están habituados desde mozos a transitarlos. Si las brechas abiertas en las peñas presentan tales dificultades, no las tienen menores las partes bajas y cenagosas, ya que allí le basta al salvaje colocar un trozo de madera de trecho en trecho y a regular distancia para saltar como ciervo, pero con el tino y la seguridad del ave que apenas roza la superficie del agua a fin de atrapar el pececillo y continuar su vuelo sin temer a la ola que pudiera hundirla.

Señores: Basta lo dicho para que os formeis idea de los esfuerzos que el misionero necesita realizar para conseguir el fin que se propone, pues no estando además acostumbrado a transitar por las trochas descritas, se ve obligado a viajar en los trayectos más difíciles a espalda de los indios, y en este caso se en-

cuentran no menores los peligros. Al efecto, se construye un aparato en forma de silla de la cual pende una pequeña tabla que horizontalmente recibe los pies del viajero, los que se atan a aquella para evitar cualquier movimiento que en esas difíciles circunstancias pueden hacer perder el equilibrio al carguero, en cuyo caso, rodarían ambos al abismo. El viajero yendo de espaldas, recibe en pleno rostro los rayos de un sol abrasador, como es el de aquellas comarcas, y en los ojos toda la intensidad de aquella viva luz. Y qué decir de los alimentos? Por lo general los indios repugnan el trabajo y, con excepción del plátano y uno que otro tubérculo, se contentan únicamente con lo que la naturaleza les ofrece: la caza en la montaña y la pesca en los ríos; y de ahí el que sus habitaciones se encuentren siempre en sus riberas; el misionero pues, tiene que someterse a este género de vida so pena de perecer de hambre.

El R. P. Prefecto Apostólico recorrió en el breve espacio de dos años el territorio confiado a su cuidado, venciendo las dificultades apuntadas y sin punto de reposo. Vista la imposibilidad en que se hallaba para llevar a cabo sus trabajos apostólicos por falta de vías de comunicación, emprendió por iniciativa propia la apertura y construcción del camino de Pasto a Sibundoy, sin otro apoyo que el de los indios de Santiago por el oriente, y los de la Laguna por el occidente, pues aunque varias veces llamó la atención de los gobiernos nacional y depar-



tamental y de muchos pueblos, por medio de publicaciones en las cuales ponía de manifiesto la necesidad de aquella obra salvadora para asegurar la integridad del territorio, se le correspondió con el más absoluto silencio, y sólo unos pocos colombianos contribuyeron con una suma reducida que se empleó en la compra de escasas herramientas. En otra que no hubiera sido aquella alma española, cuya acerada voluntad y encendido amor de Dios desafia los imposibles en este género de empresas, habría decaído ante tamaña indiferencia rayana en indolencia culpable. Mas no fue así, y antes bien demostró con la elocuencia de los hechos de cuánto es capaz la española energía.

Los misioneros continuaron haciendo inauditos esfuerzos hasta lograr abrir el primer camino que, si bien con algunos peligros, podía con todo recorrerse a caballo.

En este estado de cosas tuvo conocimiento el R. P. Prefecto de la invasión peruana al Putumayo y más interesado que nuestros mismos compatriotas, resolvió, venciendo gravísimas dificultades, trasladarse a la capital para informar al gobierno, y demostrar una vez más la necesidad de abrir prontamente el camino, tanto para hacer acto de presencia en el territorio disputado, como para hacer más fácil el tránsito de las fuerzas que habían de sostener nuestros derechos conculcados, si los justos reclamos fueran desatendidos. El señor General don Ramón González Valencia, investido por aquel

entonces con el carácter de primer Magistrado de la República, dio oídos a la serena información del R. P. Prefecto, y, convencido de la necesidad y conveniencia de los proyectos presentados al efecto, destinó la suma de \$ 40.000 oro para la continuación de los trabajos iniciados en buena hora para Colombia, por los abnegados misioneros capuchinos de Pasto.

Confiado el R. P. Prefecto en la suma ofrecida, deja la obra proyectada en manos del R. P. Estanislao de las Cortes, y en 1909 parte para Roma con el fin de informar a la Santa Sede del estado de la misión y hacer venir otros misioneros para la continuación de los trabajos. Regresa al siguiente año lleno de esperanzas y alentado con las bendiciones del Padre Santo y acompañado de ocho misioneros, se apresta a continuar la labor iniciada hasta llevarla a feliz término sin omitir los más penosos sacrificios.

Ya podréis imaginar, señores, cuál sería su pena y desilución y qué frío sentiría en su alma aquel fervoroso Prelado al ver negado el apoyo ofrecido por el Gobierno y que al vivo interés de pocos meses atrás había sucedido la más desalentadora indiferencia. Empero, puesta en Dios la confianza, viene de nuevo a esta ciudad y con el empeño tenaz de quien confía en los buenos resultados de la obra comenzada, no menos que de los graves males que podrían sobrevenir a nuestra patria en caso contrario, trabaja con insistencia demostrando una vez más

al gobierno la necesidad apremiante de tomar posesión de aquel territorio y las funestas consecuencias que vendrían para Colombia en caso de un culpable descuido, cosas ambas que hoy día todos vemos y palpamos, pues si los Padres no se hubiesen empeñado en continuar esta obra, Colombia no sería dueña de ese jirón del suelo patrio, vista la actividad con que avanzan las fuerzas peruanas. Estas razones movieron el ánimo del gobierno y alcanzó el Padre Prefecto la suma de 10.000 pesos mensuales para el mencionado camino.

Con esta base continuaron los trabajos en 1911 y en marzo de aquel año, el Gobernador del Departamento de Nariño comisionado por el Gobierno nacional recorría triunfalmente entre la algazara de los indios y vivas de los blancos, los ciento veinte kilómetros de camino amplio y resistente que separan a Mocoa de la ciudad de Pasto; camino abierto no obstante el hallarse los Misioneros cargados de deudas porque el Gobierno persuadido ya de la necesidad de tomar cuanto antes posesión del territorio, a la vez que urgía la pronta terminación del camino, no aumentaba la suma destinada para esta obra, insuficiente para sostener los mil seiscientos obreros que trabajaban diariamente.

\* \* \*

Para daros a conocer este camino prolongado hoy hasta Puerto Umbría, basta repetiros lo que en nuestra carta abierta dijimos al Ilmo. y Rvmo. Señor Arzobispo.